

YHWH es mi salvación

No te preocupes: Dios restaurará tu bienestar | Jeremías 30

Por la gracia y el amor de Dios, nos reunimos en este tiempo para estudiar Su palabra, siendo el 23 de mayo de 2026. A lo largo de los últimos años, hemos profundizado en la enseñanza conocida como la parábola del sembrador, analizando detenidamente cada uno de los escenarios donde cae la semilla. Habiendo explorado ya lo que significa la semilla junto al camino y en los pedregales, nuestro enfoque se centra ahora en la semilla que cae entre los espinos. Jesús enseñó que estos espinos representan tres obstáculos principales que ahogan la palabra: las preocupaciones del mundo, el engaño de las riquezas y los deseos por las demás cosas. El propósito de este mensaje es aprender a transformar un corazón lleno de espinos en buena tierra, comenzando por erradicar el primer gran obstáculo: las preocupaciones. Por ello, el tema central es comprender que no debemos angustiarnos, pues Dios restaurará nuestro bienestar, fundamentando esta verdad en el capítulo 30 del libro de Jeremías.

El efecto asfixiante de las preocupaciones

Cuando Jesús explica la parábola en el Evangelio de Marcos, indica claramente que los espinos crecen y asfixian la semilla, dejándola sin fruto. En el ámbito agrícola, los espinos crecen con gran rapidez y, debido a sus gruesas raíces, consumen agresivamente la humedad y los minerales del suelo. Al crecer, le roban los recursos vitales al trigo, impidiendo su desarrollo.

En nuestra vida espiritual, las preocupaciones actúan exactamente de la misma manera: invaden nuestra mente, nuestro corazón y consumen nuestro valioso tiempo. Cuando nos enfocamos en cómo resolveremos un problema o cómo pagaremos una deuda, nuestra mente queda completamente absorbida por la

ansiedad. De este modo, aunque escuchemos un mensaje edificante que contenga la verdad de Dios, nuestros recursos emocionales y espirituales se desvían hacia la preocupación, impidiéndonos asimilar, meditar y cultivar la Palabra. La Biblia no nos ofrece un positivismo ciego e irreal, sino que nos muestra la verdad y la realidad para ayudarnos a salir adelante y guiar todas las cosas hacia la gloria de Dios.

La desolación de sentirse desechado

Para entender la magnitud de la restauración que Dios ofrece, debemos observar el estado de angustia en el que se encontraba la nación de Judá. En Jeremías 30:17, el Señor declara: "Porque yo te devolveré la salud y te sanaré de tus heridas, declara el Señor, porque te han llamado la desechada, diciendo: Esta es Sion, nadie se preocupa por ella".

En los textos originales, la palabra hebrea traducida como "preocuparse" o "acordarse" proviene de la raíz *Darash*, que implica buscar, inquirir, seguir en persecución o estar atento a alguien. El hecho de que "nadie se preocupe por ella" significa que Sion había sido completamente abandonada; nadie preguntaba por su estado ni le prestaba atención para brindarle ayuda. Era tratada como una marginada, al igual que los leprosos en la antigüedad o los ancianos que son olvidados en asilos. Esta nación experimentaba una aflicción extrema sin tener a quién recurrir, asediada por múltiples problemas de manera simultánea.

Las consecuencias del pecado y la corrección divina

A diferencia de otros momentos históricos donde líderes justos como Ezequías buscaban a Dios en medio de la prueba y recibían liberación, el contexto de Jeremías 30 es el de un juicio inminente a causa de la desobediencia obstinada. Desde la división del reino en tiempos de Roboam, la idolatría y la iniquidad se habían acumulado. Dios había enviado advertencias proféticas durante años, y Jeremías específicamente les indicó que debían rendirse al rey de Babilonia para evitar la

destrucción. Sin embargo, el pueblo endureció su corazón, menospreció la palabra de Dios y prefirió creer en falsas profecías.

Como resultado, enfrentaron el asedio, la destrucción y el exilio babilónico, viendo cómo incluso los dioses e ídolos ajenos a los que servían—sus "amantes"—los abandonaban en su momento de mayor necesidad. Muchas veces, las personas viven en pecado y, al no experimentar un castigo inmediato, se confían creyendo que todo está bien, ignorando que Dios simplemente les está otorgando un tiempo de gracia para el arrepentimiento. No obstante, cuando la disciplina del Señor llega, aunque cause gran aflicción, no tiene como fin la condena eterna, sino la corrección por amor, tal como un padre disciplina a su hijo para evitar su perdición en el mundo.

La promesa de restauración y el llamado al arrepentimiento

A pesar de la gravedad del juicio y del dolor, Dios no abandonó a su pueblo en la desesperanza absoluta. En Jeremías 30:3, el Señor promete: "restauraré el bienestar de mi pueblo Israel y Judá. El Señor dice también: los haré volver a la tierra que di a sus padres". Dios declara con firmeza que castigará con justicia y no dejará la maldad sin corrección, pero simultáneamente promete reedificar la ciudad, multiplicar a su pueblo, devolverles la salud y ser su Dios.

Esta promesa inquebrantable nos enseña que, para ser liberados de la multitud de preocupaciones que nos agobian, es imprescindible el arrepentimiento genuino y la obediencia a la voz de Dios. No podemos pretender seguir pecando deliberadamente y esperar, al mismo tiempo, la provisión y el bienestar divino; el mandato bíblico de buscar primeramente el Reino de Dios exige apartarnos de la maldad. Debemos tomar la decisión de creer al anuncio del Evangelio y a la Palabra del Señor, en lugar de poner nuestra confianza en los hombres, en adivinos, en prácticas engañosas o en los pronósticos desalentadores del mundo que solo incrementan nuestro temor.

Confianza en medio del proceso

El proceso de restauración no siempre ocurre de la noche a la mañana; para Judá, implicó atravesar un largo cautiverio de 70 años. A pesar de esta realidad, Dios les instruyó a vivir confiando en Él durante ese tiempo, edificando sus vidas mientras aguardaban el cumplimiento de la promesa de retorno. De igual manera, si estamos enfrentando las consecuencias de nuestras malas decisiones, o si estamos atravesando un trato divino necesario para nuestra formación, nuestra responsabilidad es aferrarnos con paciencia a las promesas escritas y caminar en obediencia.

Como creyentes, somos llamados a depositar nuestra fe en la bondad, la sabiduría y la fidelidad inagotable del Señor, reconociendo a Jesucristo como nuestro único Salvador y mediador. Clamemos al Espíritu Santo para que nos guíe a toda verdad y nos convenza de pecado, confiando plenamente en que Dios suplirá nuestras necesidades conforme a sus riquezas en gloria. Con esta esperanza, oremos también por la restauración, la provisión y la protección de nuestras familias, así como por la liberación y el bienestar de nuestra nación, sabiendo que Él es galardonador de los que le buscan.